

hermano; todos toman teas encendidas, siguen á Nefthalí, se desvian de las veredas, y suben á la montañas desiertas: se esparcen por estas, y llaman al que no parece.

Sadoc, Abdias, Raquel, que habian quedado en la orilla, escuchan estos gritos dolorosos, y el eco que los repite; el profundo horror que les causan las tinieblas, el espectáculo de las luces de las teas errantes en la oscuridad de las montañas, aumenta su inquietud y el terror que se ha apoderado de ellos.

La noche se pasa en estas tristes pesquisas, sin que Eliezer parezca. Mucho tiempo despues de amanecido vuelve Nefthalí adonde estaba Sadoc, cubierto de una palidez mortal, los piés heridos y arrojando sangre; le toma la mano á su padre sin atreverse á decirle una palabra, y sin mirar á Raquel. En pié, mudo, é inmóvil, rehusa el alimento que le han traído sus compañeros: humedécese únicamente sus lábios: se viste una piel de lobo; toma su arco y sus temibles flechas para volverse á marchar al instante.

Al mismo tiempo ve llegar á un pastor anciano que traía en la mano unos vestidos manchados de arena y barro. Nefthalí da un grito que denota su espanto; el pastor se acerca á Sadoc, y le pregunta: ¿Reconocéis este vestido que lleva-

ba vuestro hijo? y al mismo tiempo pone á sus piés la tiara de Eliezer, y el manto con que su hermano lo habia vestido. Sadoc al verlos cae en los brazos de Abdias; Nefthalí se arroja sobre la capa y besándola exclama: ¡Oh hermano mio! y pierde los sentidos. Vuelto en sí rompe su arco y su carcax, rasga su túnica; y acercándose al pastor le dice con un acento poco agradable: ¿Dónde y cuándo habeis hallado estos despojos?

Esta mañana al amanecer, responde el viejo, cerca de la roca de donde se ven caer las aguas del torrente. La tiara estaba á la orilla, y la capa más léjos, en medio de las olas. Nefthalí mira al pastor y le hace señas para que se retire. Los jóvenes Levitas no desamparan al triste Nefthalí, quien procura alejarse de ellos, y les dice que lo dejen solo. Estos, por obedecerle, aunque contra su gusto, se separan y van á Silo llorando á esparcir la noticia de la desgraciada muerte de Eliezer. Todo el pueblo, que lo amaba en extremo, manifiesta su dolor; todos se cubren la cabeza de ceniza y se condenan á diez dias de duelo: el desgraciado Sadoc, á quien los auxilios de Raquel hacen recobrar sus sentidos, oye estos acentos lamentables, que de nuevo le afligen: se pone de rodillas, levanta

sus manos al cielo, y exclama con una voz débil: ¡Eliezer! ¡Eliezer! ¡oh mi amado Eliezer! A estas palabras acude Neftalí, se écha en los brazos de su padre, quiere hablar, sus sollozos se lo impiden, y apénas, despues de muchos esfuerzos, puede decir, como su padre: ¡Eliezer! ¡Eliezer! ¡oh mi amado Eliezer!

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO.

Ya habian pasado setenta dias despues de la desgracia de Eliezer. Salos, á las puertas del sepulcro, habia esperado muchas veces la muerte: pero la ternura de Neftalí y los esmeros de Raquel habian conservado su triste y penosa existencia. Abdias no le desamparaba, y le hablaba frecuentemente de Eliezer, á quien uno y otro llamaban hijo, nombre que los consolaba y hacia llorar mutuamente. La triste Raquel, con traje de luto y la cabeza cubierta con un velo negro, dividia con ellos estos consuelos. Neftalí que se habia hecho ménos tratable, ó que tal vez (aunque no lo confesase) temia el hallarse solo con Raquel, pasaba los dias enteros sen-